

VII

UNA SOLA RAZA: LA HUMANIDAD

«Cuando los indios matamos carne, la comemos toda... Cuando construimos casas cavamos hoyos pequeños. Cuando quemamos la hierba por los saltamontes, no arruinamos las cosas. Recogemos bellotas y piñas, pero no tálamos los árboles»
INDIO WINTU DE CALIFORNIA.

Hace 100 000 mil años aproximadamente, los hombres mostraban la mayor variedad de aspecto, tamaño, forma y color que hayan tenido jamás: en Europa, los fornidos Neandertales con su nariz y boca prominente y su piel muy blanca y cabellos rubios; en China otros hombres, también robustos, pero con la cabeza más redondeada, posiblemente ya con sus lacios cabellos negros y ojos rasgados; en la isla de Java unos hombres de piel oscura, todavía con el aspecto de los antiguos *homo erectus*. También en el sur de África quedaban hombres de este aspecto, pero por los restos encontrados en el yacimiento del río Klaises, se ha visto que convivían con otros que ya tenían un aspecto totalmente moderno, también de piel más o menos oscura.

Como los hombres vivían en relación muy directa con el ambiente (en unos sitios un frío atroz, en otros un calor terrible), sus características dependían mucho más que ahora de su entorno. Por ejemplo, en un clima muy cálido la piel oscura es, como hemos visto, muy útil. Pero además la forma del cuerpo también tiene mucha importancia. Un cuerpo largo y delgado tiene más superficie que un cuerpo bajo y rechoncho del mismo peso. Esto permite una mayor capacidad de refrigeración al sudar, porque un exceso de calor puede ser mortal. En las zonas en que el calor es seco (como los desiertos) la nariz es alargada para humedecer el aire antes de que entre a los pulmones. En las que el ambiente ya es muy húmedo, como la selva, esto no hace falta, por eso las narices son cortas y chatas. El cabello rizado es otro protector contra el calor (que puede dañar el cerebro), porque funciona como un gorro con una «cámara de aire». Todas las variaciones, desde el blanco lechoso hasta el negro oscurísimo, con todos las de tamaño y forma se encontraban y se mezclaban sobre la Tierra. (Lógicamente sería difícil que se mezclasen los de la China con los de Sudáfrica, porque no parece que les mereciera la pena el paseo para organizar una boda).

Pero además, la variedad dentro de cada continente era enorme porque era muy fácil que se produjese un fenómeno que se llama «deriva genética». Aunque parece un nombre muy científico, y por tanto «muy complicado», es algo muy sencillo. Los grupos de cazadores-recolectores eran de pocas personas, y entre ellos siempre había unos más altos, otros más robustos, otros con la cara más ancha, etc. Imaginaos que, por ejemplo, una enfermedad contagiosa hace que en una banda se mueran los de cuerpos delgados. Los descendientes de esa banda serán de tipo más «ancho» que antes. Igual puede pasar con la forma de la cabeza, o con la estatura, etc. Eso es la «deriva genética», que quiere decir que por azar (por suerte, o más bien, por mala

suerte) se pueden producir cambios rápidos en las características de estas poblaciones pequeñas.



Por eso es muy difícil saber, por un resto fósil, cómo eran exactamente los hombres de un sitio. Sólo puede saberse, más o menos, cuando se encuentran muchos, y eso no es muy frecuente. Habrá algún caso en que el fósil encontrado era el «cabezón» de la banda y nos creemos que todos eran así.

Con toda esta variedad, como eran grupos que se movían por territorios muy grandes y cambiaban de lugar siguiendo las migraciones animales, estarían acostumbrados a encontrarse con gente diferente. La idea a la que nos hemos acostumbrado por las películas, pero también por algunos hechos de la Historia, es que, cuando dos grupos humanos diferentes se encuentran, se lían a garrotazos. Pero seguro que eso es más reciente, y ya veremos más adelante por qué se produce.

Los grupos de cazadores-recolectores que han podido ser conocidos en épocas recientes no actuaban así. Por ejemplo, los Hazda, que eran unos cazadores-recolectores de Tanzania (ahora los han obligado a hacerse agricultores) vivían muy bien en su territorio, pero no consideraban que fuera «suyo» y permitían cazar en él a cualquiera que llegara. Ellos, con tener lo necesario cada día, no querían más.

También era normal en este tipo de bandas poco numerosas los matrimonios entre jóvenes de distintos grupos. Muchos de ellos hacían reuniones anuales de muchas bandas, en las que celebraban fiestas y se conocían los jóvenes. La explicación científica de este comportamiento es que lo hacían para evitar matrimonios «endógamos», es decir, entre personas que pueden ser parientes, porque veían que los descendientes podían tener enfermedades hereditarias. Seguramente es cierto. Pero también porque es muy normal que a los jóvenes acostumbrados a ver siempre las mismas caras les gusten más las «nuevas».

Puede parecer una simpleza pensar que los cazadores-recolectores eran «angelicales» y que su vida era siempre pacífica y amigable. Seguramente habrán existido enfrentamientos y malas acciones entre ellos. Desgraciadamente los hombres no somos perfectos y siempre pueden surgir envidias y violencia... Pero, en el comportamiento de los hombres, hay una gran influencia de sus costumbres, de sus tradiciones, es decir, de su cultura.

Como hemos visto, los cazadores-recolectores históricos (los que se conocen sólo por sus restos fósiles son prehistóricos), tenían la norma de compartir sus alimentos. Esta «norma cultural» fue seguramente adoptada cuando se comprobó que era una estupidez quedarse uno o dos cazadores con un gran antílope y no repartirlo, porque, al final, se les pudría. Además, los otros, cuando cazaran, no les darían nada a ellos, y si tenían una temporada de mala suerte podrían pasar hambre. Entonces, decidirían que todo lo que cazara cualquiera, se repartiría. Con el tiempo, las normas se siguen por costumbre, no hace falta explicar por qué se hace, se hace porque sí, y como todos los cazadores-recolectores tienen la misma forma de vivir, seguro que los antiguos tendrían normas parecidas porque si no, no podrían sobrevivir. Es decir, serían también «culturas solidarias». Serían buena gente.

Pero seguro que no sólo eran solidarios entre su grupo, sino también con los desconocidos: los grupos humanos que hasta hace muy poco tiempo tenían un modo de vida nómada, como los esquimales o los beduinos del desierto, cuando se encontraban a algún o algunos desconocidos, y especialmente si estaban perdidos, tenían por costumbre alojarlos en sus viviendas y darles de comer abundantemente. El motivo, igual que en el caso anterior, era que si a ellos les pasaba alguna vez, esperaban recibir igual trato. Pero, al final, se hace por norma. Y es tanta la influencia de estas costumbres en las culturas, que en los pequeños pueblos de muchos países, donde hace siglos que el modo de vida ha cambiado (en África, Latinoamérica y Asia, sobre todo), aunque sean muy pobres, cuando tienen un visitante le dan todo lo que tienen para comer, y les resulta una ofensa que se les rechace.

De todos estos conocimientos sobre la forma de vivir y de comportarse los «pueblos primitivos», la conclusión más clara que se puede obtener es que la única manera de que los hombres vivan en armonía con el ambiente, es que vivan en armonía entre sí. Primero por sentido común, porque es más práctico para todos, y segundo porque es menos destructora la «cultura de la solidaridad» que la «cultura de la competencia».

Vamos a ver un ejemplo de lo fea que es la «cultura de la competencia», la que cree que lo normal es que los hombres compitan unos con otros (y que los que vencen son «superiores»). Últimamente está de moda entre algunos científicos (desgraciadamente muchos más de lo que sería deseable) una «teoría» sobre la evolución del hombre, que se llama la «Eva mitocondrial»: según sus inventores, los «hombres modernos» salieron de África hace unos 300 000 años y se extendieron por todo el mundo y por competencia «sustituyeron» a todos los hombres (se supone que «inferiores») que habitaban en él. Aunque la palabra «sustituir» es muy elegante, lo que quiere decir es eliminar, hacer desaparecer.

Pero, con lo que sabemos sobre los cazadores-recolectores, sobre su forma de vida, ¿creéis que esto puede ser posible? Incluso, aunque estos «hombres modernos» fueran unos malvados ambiciosos a pesar de ser cazadores-recolectores, ¿cómo unas pequeñas bandas de hombres adaptados al calor y

con unas armas semejantes van a «sustituir» a pueblos de hombres robustos adaptados culturalmente a sus zonas frías, que conocían mucho mejor su territorio? Lo más lógico es que, con el tiempo, se fueran mezclando unos con otros, y que se enseñaran mutuamente sus distintas formas de hacer útiles y herramientas.

Por ejemplo, los Neandertales que vivían en Europa tenían unas estupendas herramientas que se conocen como «cultura Musteriense». Hace unos 40 000 años empiezan a aparecer por Europa central unos hombres que tenían otro tipo de herramientas. Enseguida, la nueva forma de hacerlas se extiende por toda Europa. También los restos de hombres que se encuentran ya no son del tipo Neandertal, sino del que se ha llamado Cromañón. Tampoco eran exactamente como nosotros. Eran robustos (menos que los Neandertales) con una gran cabeza, aunque más redondeada y una cara grande y tosca. La explicación que se suele dar es que también éstos «sustituyeron» a los Neandertales, hasta no dejar ni uno. Pero como no se puede saber cómo sería el resultado (qué aspecto tendrían los hombres) de la mezcla de unos robustos europeos con unos esbeltos africanos, no se puede asegurar que los Cromañones no fueran ese resultado. Es decir, que, seguramente, se podrían haber mezclado.

Pero, además, se han encontrado hace poco dos yacimientos en Francia, en los que las herramientas eran de un tipo llamada «Chatelperroniense», que se pensaba que sólo fabricaban los «hombres modernos». Pues bien, los hombres encontrados en esos yacimientos eran Neandertales, lo que quiere decir que seguramente habían aprendido a fabricarlas de estos hombres. Entonces, después de enseñarles... ¿los «sustituyeron»? Imaginaos la escena: un Neandertal diciendo a un Cromañón: «Señor hombre moderno invasor: ¿sería tan amable de enseñarme cómo fabrican sus herramientas antes de darme con el garrote?» Un poco absurdo.

Desde luego, hay que estar muy convencido de que es lógico que unos hombres «superiores» eliminen totalmente a los «inferiores» para creer en las «sustituciones» entre cazadores-recolectores. Eso sólo lo pueden creer los que se sienten superiores, pero además no entienden nada de la vida de los «hombres primitivos».

Porque, ¿quién es superior?: ¿el que comprende a la Naturaleza y sabe convivir con ella y con los demás hombres, o el que la destruye y provoca guerras y hambre entre los seres humanos? Quizás ahora, que con los estudios de la Ecología hemos vuelto a intentar comprender a la Naturaleza y a conocer (y por tanto a respetar) más cosas sobre estos hombres, comencemos a pensar que si ser superior consiste en vivir cada día más en contra de la madre Naturaleza, en la que se ha formado nuestro organismo y de la que dependemos para vivir, entonces, es una superioridad «hacia atrás». Parece que aunque algunos países (no todos) tengamos muchos adelantos tecnológicos que nos hacen sentirnos importantes, como seres humanos no hemos mejorado mucho.

Entonces, ¿cuándo empezamos los hombres a enfrentarnos con la Naturaleza? y, sobre todo: ¿por qué?

